

sioneros á dos guardas, cinco soldados y un oficial que estaban allí como avanzados. Tampoco tenian ninguna noticia de nosotros, de suerte que la sorpresa iba á ser completa.

En otro capítulo referiré el resultado de aquella memorable jornada.

Enfónces se formó una junta de guerra con los jefes de mayor graduacion, y Echegaray acordó á su vez hacer estos dos puntos: 1.º Se continúe inmediatamente la marcha para apoderarnos del desierto en que se encuentra el enemigo, segun el camino que se descubrió; 2.º Se diferiré esta marcha para en la noche, en vista del estado que guarda la tropa, desahogada, fatigada y enojada.

El asunto era difícil de resolver, tanto mas cuanto que el mismo punto se habia humedecido y era muy fácil que á la hora dada no estuviera muy en corriente. Todos los votos fueron de parecer que se continuara la marcha en el acto y se dió el orden sin dilacion alguna para sacar todo el provecho posible de la sorpresa. El dia segun cayendo á torrentes y nosotros vimos á emprender nuestra marcha para el desierto en el mejor orden posible. Llegando á Colima y la guerra se reanuda en la noche.

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un gefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporciónáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo.

Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-

unos de nosotros. Entre tanto en Colima ya entre los que habian pertenecido á la administracion de Don Julio Garcia, ya entre los que se habian

CAPITULO XVI. UNA PILATEÑA.

Poco trabajo nos costó ponerse en contacto con los dos ellos.

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un gefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporciónáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo.

Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-

gun bandido. Eramos hombres honrados que buscábamos á los hombres honrados que quisieran tendernos una mano de amigos para que cuando menos nos invieran al corriente de lo que estaba pasando en otros Estados, en caso que no les fuera posible conspirar contra el enemigo común.

Todos mis lectores saben que no hay causa política por perdida que sea, que no cuente con algunos partidarios *comodinos* que gustan mucho de estar ayudando, aunque sea con sus "¡ojalás!" metidos siempre en las poblaciones y á veces ocultos en el seno de una familia de confianza.

Nosotros contábamos de consiguiente con muchos correligionarios en Colima, ya entre los que habían pertenecido á la administración de Don Julio García, ya entre los refugiados de Guadalajara que deseaban un cambio de situación.

Poco trabajo nos costó ponernos en contacto con todos ellos.

Cuando Oronoz salió de la plaza de Colima sobre nosotros, con el grueso de sus fuerzas, juzgamos más oportuno que nunca dirigirnos á nuestros amigos: acaso la plaza estaba muy débil y haciendo dos marchas forzadas podríamos ocuparla y proporcionarnos allí importantes recursos, fuera del prestigio que alcanzaría nuestra causa al tener su resonancia en la República el caso rarísimo entonces de que una capital de Departamento fuera ocupada por las fuerzas republicanas. Indudablemente que tal golpe, dado en aquellos momentos hubiera influido mucho en el rápido resultado de la lucha que sostenía la nación. La ocupación

de Colima hubiera dado á nuestras armas una influencia moral incalculable.

Así lo pensábamos al menos nosotros y llevados de tal ilusión estuvimos mandando uno tras otro los correos á nuestros amigos.

Uno de estos fué atrapado por el terrible prefecto D. José María Mendoza.

Ese hombre era, como militar, en extremo cobarde y como particular un cuitado, según tuve oportunidad de verlo un poco más tarde encontrándose en Tepic en ja desgracia; pero allí en Colima, como autoridad, era un Neron, era un tirano que causaba miedo hasta á los chicos de la escuela.

El correo era un pobre arriero que llevaba la correspondencia en el aparejo de una mula: al ser interrogado confesó de liso en llano su culpa y fué mandado fusilar. En seguida tomó el vestido del arriero un policía, que fué el encargado de descubrir á todos los conspiradores.

Las cartas estaban dirigidas con nombres supuestos y, una sola persona que tenía la clave, era la encargada de distribuirlas. El correo no había revelado el nombre de esa persona y entonces se encontraron con todas las dificultades consiguientes para descubrir la conspiración. Sin embargo, había entre aquellas cartas un nombre propio debido á una imprudencia mía: quise aprovechar el conducto, que me pareció el más seguro, para escribir á mi amada esposa. ¿Qué le decía en mi carta? Que le diera muchos besos de mi parte á mi pequeña Clotilde, mi primera hijita, á la cual había dejado de cuarenta días de nacida. No había una

palabra sola que se prestara á mas interpretaciones: era una epistolilla de recién casado que solo suspiraba por el primer fruto de su amor.

Pero no habia mas nombre conocido entre aquellas cartas y, era preciso que ese nombre diera la clave del enigma.

Hasta allí estaban en su derecho los imperialistas é hicieron muy bien en proceder como procedieron.

El policia disfrazado de correo se presentó en mi casa y dijo á una criada que queria hablar reservadamente con la Señora. Esta se presentó.

—Vengo del campo, la dijo con acento misterioso.

—Del campo?

—Si Señora, soy correo de los liberales y le traigo una carta de su marido.

—¿De veras? preguntó la jóven trémula de alegría.

—Aquí está.

—Está bueno?..... ¿están todos buenos?

—¡Chist! hábleme Vd. muy bajo, porque traigo muchos encargos.

—¿Encargos?

—Sí, cartas para muchas personas de que Vd. me ha de dar noticia.

—Esta es la mia?

—Sí.

—¿Y por qué viene abierta esta carta?

—Así me la dió el licenciado, de intento, para que en caso de ser registrado vieran que la carta nada dice de particular y me dejaran llegar tranquilamente.

Por mas alborozada que estuviera ella, no dejó de llamarle la atencion esto, lo mismo que el lenguaje y

el tono de voz del supuesto correo; pero esta sospecha fué fugaz como un relámpago y una vez que leyó la carta se disiparon todas sus dudas y lo mandó regalar opíparamente.

Despues de haber comido el policia con un apetito que demostraba traer una hambre un poco rezagada, volvió á querer reanudar la conversacion con la Señora.

—¿Qué haré, la dijo, para encontrar á las personas á quienes les traigo pliegos?

—Pliegos?

—Sí, y de muchísima importancia.

—Pues no me ocurre como.....

—El caso es que traen un secreto muy grande....

Se dice en ellos nada menos que dentro de tres dias han de estar aquí las fuerzas liberales.....

—Aquí en Colima?

—Sí: contando con la gente de la garnicion.

—Pues entónces pregunte Vd. á uno de los oficiales.

—¿Y cómo sé cuales son los comprometidos?

—Tiene Vd. razon. ¿Pero no le indicaron á Vd. con quien debia dirigirse?

—Con Vd.

—Conmigo?....

—Sí, para que mandara llamar aquí mismo á un amigo muy íntimo del licenciado, que se llama..... se llama... ¿cómo se llama?....

—Francisco Trejo.

—Esto es: se llama Francisco Trejo.

A mi mujer, le ocurrió aquel nombre, porque no

podía ocurrírsele otro, recordando, no solo nuestra estrecha amistad y paisanaje, sino también nuestras conversaciones y deseos; pero recordando, más que todo, las veces diferentes en que había invitado á aquel amigo á seguir mi suerte combatiendo contra el Imperio.

Se le mandó llamar inmediatamente.

Francisco Trejo fué la inocente víctima de aquella inocente equivocación. Confesó que muy bien podían ser para él aquellas cartas, delante del policía, y hubiera seguido haciendo confesiones más comprometedoras, si á la jóven, más tranquila ya ó más perspicaz, no le hubiera llamado la atención la actitud sospechosa de aquel hombre, al cual dijo:

—¿Y para qué trae Vd. esa pistola?

—Es que... se necesita en el camino andar armado.

—Se me figura que no es Vd. tal correo y que.....

Trejo lo comprendió todo y quiso evadirse; pero ya era tarde: repentinamente se vió rodeado de policías que lo hicieron marchar á la cárcel.

Mi mujer, como era natural, después de esta terrible escena, se quedó temblando.

Pensó en buscar un refugio en alguna casa contigua, pero estaba rodeada de esbirros que le marearon el alto. No tardó en aparecer el jefe de ellos, el terrible José María Mendoza que supo cebarse tan bien con las angustias de una jóven indefensa.

—¿En donde está la conspiradora? preguntó con voz de trueno luego que estuvo dentro de la casa.

—Allí está, contestaron sus aleccionados satélites.

Y á la vez designaban á mi esposa que estaba en

medio de un grupo de Señoras con su niña en los brazos. El escándalo tuvo eco en toda la población y estuvieron concurriendo á mi casa las familias amigas.

El malvado prefecto se desconcertó un poco al ver las lágrimas de la jóven ofendida y la indignación de la concurrencia; pero no estaba en sus hábitos el lenguaje moderado ni la cortesía y, empezó á proferir improperios contra los republicanos, contra los conspiradores etc, etc.

No había más que señoras, pero varias de ellas y especialmente la respetable Señora Doña Brígida Ochoa le marcó el alto, diciéndole que no estaba en un cuartel, sino en una casa que debía respetar, al menos por las distinguidas familias que allí se encontraban.

—Al cateo! dijo Mendoza dirigiéndose á sus gentes.

Todos ellos se lanzaron á vaciar las cajas y á registrar los muebles, regando por el suelo todo lo que no les convenía recoger. La inocente víctima de aquella escena, queriendo evitar mayores destrozos, abrió por sí misma una cajita de linoléum en donde estaba toda nuestra correspondencia y se las arrojó diciéndoles:

—Aquí está lo que Vds. buscan.

—No hay más papeles? preguntó Mendoza.

—No, contestó el jefe de la policía.

Estaba seguro de que se había recogido hasta la cuenta de la lavandera.

Entre el botín que se llevaron los agentes de la seguridad iban unos quinientos pesos en oro que constituían nuestros ahorros, lo mismo que todas nuestras alhajas y recuerdos de familia.

Nuestras cartas de novios formaron las primeras páginas de aquel ridículo proceso.

No fué aquello todo: el feroz Mendoza se presentó en mi casa nuevamente pretendiendo arrancar á mi mujer una declaracion terminante sobre si eran ó no al Lic Francisco Trejo á quien iban dirigidos los pliegos.

Ella contestó que lo ignoraba absolutamente: que por la amistad íntima que ambos llevábamos habia creído al principio que pudiera yo haberle escrito, pero que no podia afirmarlo puesto que yo no se lo decia.

—¿Cuánto deseaba Mendoza en esos momentos que hubieran estado en uso los tormentos inquisitoriales!

—Pues va Vd. presa á un calabozo, dijo despues de un rato.

Mi esposa se abrazó de su niña y se puso á llorar.

—Esta jóven no puede ir á la cárcel, dijo enérgicamente la Señora Ocha: ¿cuál es su delito?

—Estar en correspondencia con el enemigo, contestó el Prefecto.

—¿Cómo quiere Vd. que no le escriba su marido?

—La ley prohíbe toda clase de comunicacion con los revoltosos.

Siguió el altercado, y quien sabe hasta donde hubiera ido el prefecto Mendoza, si á conocimiento del caballeroso general Oronoz no hubiera llegado la noticia de lo que pasaba, el cual como gefe principal de las armas dispuso que mi Señora quedara simplemente arrestada en la casa particular que ella misma escogiera. Escogió la de la respetable Señora madre del comerciante D. Agustin Vargas.

Entro tanto, Francisco Trejo habia sido reducido á prision en la cárcel pública y era juzgado militarmente con una actividad y una rabia poco comunes.

Mendoza habia pretendido ya que se le fusilara sin forma de juicio para escarmiento de los conspiradores.

Temia que se le escapara aquella víctima por falta de pruebas en un proceso formal.

No se habia expedido aún la ley marcial que era tan espedita en sus procedimientos y tenian los fiscales que sujetarse á algunas fórmulas que los maniataban.

Y efectivamente, no habia prueba alguna en que pudiera fundarse la condenacion del Lic. Francisco E. Trejo.

Los documentos agregados á la causa eran unas cartas firmadas por Echegaray, por mí, por Julio García, con el nombre en blanco de las personas á quienes iban dirigidas: es decir, carecian de direccion.

La torpeza principal del Prefecto consistió en haber fusilado al correo que debió declarar quien era la persona encargada de repartir aquellos pliegos.

Trejo, sorprendido al principio contestó con vacilacion en los interrogatorios diversos á que se le sujetó: despues negó cuantos cargos se le hicieron, obstinadamente.

Mi esposa lo ignoraba todo y por lo mismo nada podia afirmar. Si habia pronunciado el nombre de Trejo al ser sorprendida, fué porque habia sido el primero que se le ocurrió.

En el careo con Trejo quedó aclarado este punto: ella ignoraba absolutamente si el acusado estaba en relaciones con el enemigo y mucho mas ignoraba si para

él iban dirigidos algunos de aquellos pliegos.

El resto del proceso estaba formado con mi correspondencia amorosa y mis versos que componian en aquella época todo mi archivo particular.

Francisco Trejo, no obstante, fué sentenciado á sufrir la pena de muerte.

.....
 Yo se había escrito con la ley marcial que era tan espantosa en sus procedimientos y formaba los hechos que se referían á algunas formulas de los manuscritos.

Y efectivamente, no había prueba alguna en que pudiera fundarse la condenacion del Lic. Francisco E.

Trejo.

Los documentos agregados á la causa eran unos con las firmas por Echegaray, por mi, por Julio García con el nombre en blanco de las personas á quienes iban dirigidas, es decir, carecían de direccion.

La fuerza principal del proceso consistió en haber

hallado al correo que debía declarar quien era la persona encargada de repartir aquellos pliegos.

El Trejo, al principio contestó con evasivas y en las interrogaciones dadas á que se le sujetó, después negó cuanto cargos se le hicieron, ó sea, que

no era el autor de los pliegos.

Me espasé la garganta al verlo y por lo mismo nada pude decir. Si había prometido el nombre de Trejo al correo, él me lo había dicho porque había sido el primer

que se le ocurrió decir.

En el curso con Trejo quedé satisfecho este punto:

ella ignoraba absolutamente si el correo estaba en relaciones con el enemigo y mucho más ignoraba si para

de la sorpresa.
 Los últimos impacientes la vista hacia la columna por donde debía aparecer la columna que mandaba Echegaray, impacientes porque comprendimos que estaba una persona. Y nos dirigíamos preguntas arrojadas sobre los motivos de aquella

CAPITULO XVII.

NUEVOS FRACASOS.

Algunos minutos más tarde, que para nosotros eran siglos, vimos aparecer á Nohel, colocó sus cañones y

Llegamos con nuestro pequeño ejército á las calles de Zapotlan y no observamos ningun preparativo de defensa. Las trincheras estaban abandonadas, los soldados andaban francos, la lluvia seguía.

Rápidamente fué dividida la fuerza en dos columnas: la una de infantería mandada por Echegaray en persona y la otra de caballería mandada por el Gobernador de Colima: ambas se pusieron en movimiento tomando dos calles paralelas. Zenea con sus tres cañoncitos debía apoyarlas, situándolos convenientemente al desembocar en la plaza.

El doctor y yo nos pusimos al frente de la columna de caballería al lado del gobernador, teniendo cuidado de animar á la tropa arengándola y victoreando á la República.